

PREGÓN EXCONSURAOS LLANERA EMILIO MARCOS VALLAURE 2008

Pueblo de Llanera, nuestro Alcalde ha tenido la disparatada ocurrencia de acorarse de mí para pronunciar el pregón de la VIII Fiesta de los Exconxuraos, que coincide además con el VI Centenario de la rebelión del Concejo de Llanera contra el Obispo de Oviedo, al que pertenecía nuestro territorio. Esta es la grandeza de la democracia: si el pregón sale medianamente bien, será gracias a mí, si sale mal se deberá a una decisión desafortunada de nuestro Alcalde y a él tendréis que de mandárselo.

Y empiezo ya, con su venia y con la de Vds.

Yo tenía una casa en Cayés... construida por mi abuelo en 1910, en ella transcurrió la vida de mi familia durante dos generaciones y en ella nació la tercera, a la que pertenezco. Mi abuelo y mi padre fueron administradores de Cerámica Guisasola, la popular Estufa, desde aquella fecha hasta el fallecimiento del segundo en 1975; ambos dejaron fama de honrados, trabajadores y buenas personas, y de ello me enorgullezco. La abandonamos cuando ya el declive de la fábrica era inevitable. Pero en ella estoy llantado como el raigón de un castaño, porque en ella se sitúa el centro de mi mundo, el lugar que me permitió comprender, en la medida de mis capacidades, claro, el universo, el ritmo de las estaciones, la cambiante luz de mi patria... Y en ella decidí dedicarme al estudio de Asturias, conocerla lo mejor posible y extraer las consecuencias para entender otras realidades, pero siempre compatibles.

El mundo era para mí la planicie de Llanera, en cuyo límite meridional estaba situada la Casa, es decir, las erías de Forniella, La Trapa, La Piñera y Llamorgal, cerrada a norte por el Santufirme y al sur por el curso del Nora, que festonea la falda boreal de la Sierra del Naranco, que nos separaba del mundo ignoto. El Santufirme era para mí entonces el monte más alto del mundo y el Nora el río más caudaloso. Cuando de la mano de Don Celestino Tresguerres, recorríamos los dos hemisferios contruidos en relieve en el patio de la Escuela de Coruño y nos hacía seguir el curso del Nilo o ascender al Everest, y nos comentaba que tenían seis mil kilómetros de longitud y ocho mil metros de altitud, respectivamente, se me hizo muy difícil aceptar que el Santufirme fuese más pequeño y el Nora mucho menor. Pero todavía hoy el Santufirme, a pesar de la destrucción cuando veo sus meandros desde Quintana o Folgueres, en la colindante parroquia de Villaperi, a pesar de que un mal entendido progreso lo convirtiese en la cloaca del centro de Asturias, y pienso en las suaves terrazas que se desparraman hacia él desde el Alto de Cayés, en cuyos ribazos me tumbaba a leer o a beber en la clara fuente del Merín. Pertenezco a la última generación de cayesinos que de muy niños se bañaron en el Camparonín, y no me gustaría morirme sin bañarme otra vez en él.

Pero he hablado de la Escuela de Coruño, es decir de la formación que me permitió enfrentarme a la vida con alguna posibilidad de salir adelante. La escuela de Coruño, de la Unión Española de Explosivos, estaba situada en un barrio metálico planteado por su fundador, Don José Tartiere, en una urbanización a la europea, y estaba dotada con los mejores adelantos pedagógicos. Era el reino de Don Celestino Tresguerres, de D^a Soledad Martínez y de la Señorita Mari, y no me cabe en la cabeza que todos los llanerenses que pasamos por sus aulas – no sólo asistían niños de Coruño y Cayés- no hayamos sabido promover el homenaje que se merecen y colocar un recuerdo a su memoria en los espacios que ha dejado libre el Polígono de Asipo. Esa escuela se hubiese conservado en cualquier país civilizado y que allí no exista ese recuerdo constituye un baldón para todos nosotros.

Todo eso se fue, y lo que lo sustituyó, no sin traumas, nos permite encarar el futuro con cierto optimismo. Pero mi espíritu sigue allí, nutriéndose de la tierra que amo y uniéndome cada vez más a mi País, que no pasa hoy precisamente por sus mejores momentos. Y ese sentimiento quiero expresarlo en la lengua que oí por primera vez en Cayés, con la voz de Xuan Bello, uno de los

mayores poetas de la Asturias de hoy:

*Soi como esa casa de llomba.
Sola, a través de los años
yá va perdiendo l'alcordanza
de los que nella una vez
atecharon la vida y la costume.
La piedra de les sos muries
yá nun guarda la cotidiana calor
de los díes fuxíos
y detrás de los vidros de la ventana
naide escuca cuando llegues, naide t' espera.
Pero inda hai díes, sicasi,
qu'un fuerte aire fai entornar
la puerta esgonciada,
la madera de los peldaños ruxe
y ye como si les pisades
de los años que pasaron
volvieran de secutre.*

Una caricia basta. Una palabra.

Descubrí luego, muy joven aún, el concejo al que pertenecía mi pueblo, en memorables excursiones en bicicleta o a pie, para conocer su geografía y los restos de su pasado: la entonces solitaria Torre del Picu de Valdés, construida en 1393 por Diego Menéndez de Valdés, el Mayor, a un tiro de ballesta de la vieja; el imponente Palacio de las Torres Nuevas de Villanueva, también en San Cucao, de cuya ruina no hago más que lamentarme, la Torre de los Alonso de Villabona, la preciosa iglesia románica de Santiago de Arlós que señorea el maravilloso valle de su feligresía, la Ermita de Nuestra Señora de Fanes, al pie de la Sierra de Faidiello, cuya más elevada cima, el Pedregalon o Frieria, descubrí entonces que era más alta que el Santufirme; los recuerdos en Bonielles de uno de los mejores políticos asturianos de todos los tiempos, Don Alejandro Mon y Menéndez; el arcosolio de los Rodríguez de Pruvia en su iglesia parroquial... Aquellas excursiones, algunos de mis maestros de Oviedo y muchos campesinos de todos los pueblos de Asturias me enseñaron a amar con pasión a mi País y esa pasión me ha acompañado siempre a lo largo de mi vida.

Pero estamos celebrando una fiesta popular, una fiesta moderna, pero que enlaza con lo mejor de nuestra historia. Hace muchos años, en la abuhardillada habitación que ocupaba en mi casa de Cayés, leía un libro de mi abuelo titulado Álbum de un viaje por Asturias, de un olvidado escritor asturiano, Nicolás Castor de Caunedo, impreso en Oviedo en 1858 con ocasión de la visita de Isabel II a Asturias, la primera que hiciera un monarca español desde el desembarco de Carlos V en Villaviciosa; en él leí por primera vez una referencia a la rebelión de los vecinos de Llanera contra la Iglesia de Oviedo, a quien pertenecía su territorio. Y años más tarde, en un agobiante estío madrileño de 1965 cuando me refugiaba del calor en el silente frescor del Archivo de la Real Academia de la Historia localicé y estudié la notable Descripción del Concejo de Llanera, firmada en 1804 por nuestro primer cronista, el buen cura de San Cucao Don Bernardo Alonso Ablanedo, quien mencionaba un dicho popular sobre la rebelión: “Perjurados en Llanera, si los buscan, nunca faltan”. Tengo para mí que este dicho con que motejaban a nuestros antepasados escondía la envidia que nos tenían otros concejos asturianos que no habían sabido defender sus libertades...

Permítaseme añadir dos comentarios del buen cura de San Cucao sobre nuestras festividades. El primero tiene que ver con la cena que celebramos ayer y la comida que celebraremos a continuación. Nunca comí tan bien como en Llanera, en mi casa, en las de mis amigos, en el

desaparecido bar de La Gallineta, en Casa Laureano, etc etc. Creo que tiene que ver con nuestros acuíferos subterráneos, propiciados por el suelo cretácico que forman un rico humus. También, como es obvio, con nuestras mujeres, y también, claro, con nosotros los hombres que somos un poco repugnantucos. ¿Han probado ustedes unes fabes más riques que les de Llanera? ¿y que me dicen de los arbeyinos?.. Todavía hoy se me hace la boca agua cuando recuerdo el pote que tomé en algunas casas de Cayés. Esto ya ocurrió en el siglo XVIII, pues según Alonso Ablanedo los llanerenses en sus festividades “observan la costumbre de una mesa de 200, 300 y más o menos convidados”, en las que se daba cuenta de carneros del país a discreción, abundantes gallinas, docenas y docenas de truchas, cuajada a mansalva, etc., aunque añadía que en este particular ya se había moderado mucho el vecindario. ¿Qué diría el buen cura si participase en esta fiesta?

El segundo, se refiere a los bailes: “y usan también la danza asturiana con hoguera en la víspera de la fiesta, y la danza se repite regularmente por la tarde la fiesta, danzando y cantando romances bables del país, las mujeres con separación de los hombres, que lo hacen separadamente con palo sobre el hombro derecho (si la Justicia no lo prohíbe, que si lo prohíbe o lo djean fuera de la danza o le tienden dentro de ella sobre el suelo) y victoriando a las veces, o siempre que la Justicia no vele en contra; y cuyo acto de victoriar se reduce a decir, viva Llanera, muera Corvera, etc., o cosa semejante, resultando palizas o quimeras de palos, y aquel que mayores los da es el más guapo”. Todo esto ha desaparecido, pero todavía siendo joven asistí en las romerías de Cayés y otros pueblos de Llanera a los últimos bailes asturianos al son de la gaita, en clara confrontación con las nuevas músicas con que nos amenizaba la gramola del Topu. Estoy seguro de que no fue la gramola la que acabó con las danzas asturianas, sino el hecho de que se bailaban “las mujeres con separación de los hombres” y la gramola del Topu hacía posible el baile agarrado y a cualquiera le amargaba un dulce. Con los bailes actuales, más parecidos a una gimnasia marcial, las danzas asturianas seguirían bailándose en todas las fiestas.

Y dejo ya de memorar mi pasado, y el de mi Concejo, porque Llanera está llamada a desempeñar un papel articulador en la Asturias del futuro, un papel que permita la ordenación correcta de su zona central como corresponde a un País de tan glorioso pasado como en nuestro e insertado en la Europa del siglo XXI; una ordenación por encima de intereses particulares, por encima de la presión urbanística y política tan alejada de los intereses asturianos, una ordenación que permita además corregir los gravísimos desequilibrios territoriales que sufre Asturias. Nuestros antepasados supieron frenar los desmanes del Obispo de Oviedo, pero también negociar con su sucesor un futuro mejor para su habitantes. El futuro que todo asturiano bien nacido tiene derecho a soñar.

Darréu voi char un piesllu curtiu n´asturianu, que yera la llingua que falaben los exconxuraos – l´Obispu d´Uviéu y dellos cures falaríen en llatín, los escribanos en castellán-, i faigolo por respeto a ellos y a los nuegos güelinos que sopieron caltenerla y que la nuesa xeneración ta escaeciendo, y que tarién percontentos y gayoleros, n´esti homenaxe que i faen los sos descendientes, y allampiando por victoriar con toos los vecinos del conceyu, al altu la llea: ¡Viva Llanera! ¡Puxa Asturias!